

al claustro, recluso en una celda, frente á frente con su conciencia, sin mas amor que el amor á su ideal, ha concluido por elevarse á carácter verdaderamente típico en la historia y por representar y personificar verdaderamente una idea en la vida.

Savonarola era de mediana estatura, segun nos lo ha pintado el mas concienzudo y el mas entusiasta de sus biógrafos, el célebre Villari. La naturaleza se habia esmerado en darle anchísimo pecho para que cupiera la fragua de su palabra y gran cabeza para que cupiera el sol de su pensamiento. Su complexion era una de esas complexiones sintéticas que determinan aptitudes ricas y varias. El predominio de los elementos sanguíneos no excluía la tendencia biliosa. Su bilis solia contribuir, en la medida que contribuye lo físico á lo moral, solia contribuir á sus tristezas profundas, á sus desprecios del mundo, á sus sentimientos acerca de la decadencia y de la corrupcion universal, en tanto que su sangre hirviente contribuía tambien á su ardor en el combate, á sus empeños casi guerreros, á sus furoros de tribuno y de apóstol. Verdaderamente era lo que llamamos hoy en lenguaje vulgar y corriente un nervioso. La nube lejana, la chispa eléctrica recién esparcida en la atmósfera, el cambio de temperatura ó de tiempo, una interior emocion, el espectáculo mas sencillo de la sociedad ó de la naturaleza, el pensamiento mas íntimo y mas secreto culebreaban por sus nervios como un rayo y les hacian vibrar en desórden y en desconcierto. De aquí, la facilidad en la exaltacion y la facilidad en el desmayo; la fuerza heróica y el decaimiento súbito; los asaltos y las caidas increíbles; los empujes y los retrocesos violentísimos; la aptitud para las visiones sobrenaturales como un iluminado y la aptitud para las porfías guerreras como un héroe; la union por medio de estas cadenas eléctricas que se llaman nervios de los dos opuestos polos de la vida. La nariz grande, entre acaballada y aguileña, le daba cierto aire de nobleza; los labios gruesos y prontos á despedir las palabras cierto aspecto de orador; las arrugas profundas trazaban por los espacios de su frente los surcos profundísimos del pensamiento reconcentrado y ardoroso; la tristeza caía de su tierna mirada y de su melancólica sonrisa; la sencillez de la vida se revelaba en la modestia y reserva de sus ademanes y de sus actitudes; y todas las virtudes atractivas de su alma en la voz que, sin ser demasiado música, resultaba,

cuando se encendia y se agrandaba al calor interior del alma, por todo extremo persuasiva y elocuente. No hay duda, pues, que sus aptitudes físicas y morales ¡ah! le destinaban, por esas revelaciones interiores que llamamos vocacion, al ministerio altísimo de orador, uno de los que mas poderosamente influyen por mil razones clarísimas en la direccion general de las sociedades y de los hombres.

A los veinte años su destino se reveló todo entero á sus ojos por la mas clara de las revelaciones, por la revelacion del dolor. Al verse sin refugio en el mundo, sin guarida contra las inclemencias de la sociedad y de la naturaleza, sin lo único que consuela y fortifica en la existencia, sin amor, enterróse en el claustro como pudiera enterrarse en la huesa. Cayó en las llamas de un infierno de dolores, que derritieron su cuerpo y su alma, hasta evaporarlos y convertirlos en mística nube de incienso. Sin embargo, el mundo debia llamarle alguna vez con redoblados llamamientos, cuando, por estos mismos dias, al vivir de rodillas casi, en oracion incesante, importunaba á la continua al cielo preguntándole por la senda mas expedita y mas indispensable á su vida. La órden de predicadores le atraía por sentir la interior inquietud de la elocuencia y por profesar las mismas ideas del sabio excepcional que la ilustrara en otro tiempo, del divino Santo Tomás. Una casualidad le dió ocasion al cumplimiento de su destino. Como fuera á una fiesta religiosa en Faenza y escuchara á un predicador agustino de primer órden, sintióse cautivado por su palabra y decidido á resolverse por la profesion monástica. Desde Faenza á Ferrara volvió gozoso como quien ha encontrado la clave de todos los enigmas de su vida, y el puerto donde ha de echar el áncora de su perpetuo destino. Pero, al entrar en su casa y ver los sitios consagrados por los recuerdos de la familia, las paredes que habian recogido los ecos de tantos besos santísimos y la evaporacion de tantas amargas lágrimas, la sonrisa y la mirada de su madre, amante, pródiga, concentrada en su hijo, esperando de él y de sus cuidados toda la felicidad dable al ocaso de la vida, sintió flaquear sus fuerzas antes tan sobrecitadas y decaer su vocacion antes tan clara. La madre, que adivinaba las enfermedades del cuerpo antes de que le asaltaran al hijo de sus entrañas, adivinaba tambien las congojas del corazon y las dudas de la inteligencia. Y al verle concentrado y como dormido en las profun-

didades interiores de su pensamiento, para despertarse y mirar con cariñosa atención todos los objetos que le rodeaban, presintió y adivinó las tempestades latentes en su zozobrosa y encrespada conciencia. Sobre todo, si alguna vez sorprendía una mirada furtiva, recatadamente á ella consagrada, entreveía en su tristeza suprema é irremediable algo de separaciones eternas y de eternas despedidas. El dolor mas acerbo se apoderaba de aquella alma tierna, suspendida del alma de su hijo, como un astro de otro astro; y al verla dolorida, Savonarola refrenaba los ímpetus de su voluntad y decidía vivir y morir en su hogar. Pero en las largas noches de meditacion y de éxtasis; en las luchas frecuentes; cuando no se ha fijado la vocacion y no se ha decidido el destino; en los insomnios propios de sus ayunos, de sus vigiliass y de sus penitencias; volvíase á Dios, desapareciendo la tierra y todo cuanto la tierra puede contener entre sus deliquios y sus aspiraciones á la inmortalidad. Entonces ocultaba su resolucion, porque temia revocarla ó destruirla en su expansion y con sus revelaciones. Cierta mañana de abril, á la vista de los floridos árboles, al coro de las canoras aves, al resplandor de los luminosos cielos, sintióse como arrastrado por incontrastable vocacion; y cogiendo el laud y entonando un plañidero cantar, despidióse de los séres y de los objetos queridos con la vaguedad melancólica propia de la música. Quizás ninguno de aquellos, á quienes se dirigia tal plañido, alcanzó á comprenderlo, pero lo comprendió, lo adivinó, lo supo el corazon de una madre, desgarrado por aquella incierta despedida con tal horror que se lanzó á los piés de su hijo, pidiéndole desolada su permanencia en el seno de la familia, bajo las santas techumbres del hogar. El pobre jóven, combatido por dudas naturales y por natural incertidumbre; sin mirar casi á su madre, temeroso de que sus ojos contrastaran las premeditadas resoluciones; lanzóse á la habitacion propia y juró su resuelta partida. Con la frialdad de un analítico, sondeando profundamente las pavorosas interioridades de su espíritu, como si estudiara una estrella lejana ó un alma separada de su alma, estudió los recónditos senos de su pensamiento, las ráfagas de sus pasiones, y con mano febril trazó en el papel todo cuanto sentia para dejar un memorial á sus padres, á manera de testamento, explicativo de las causas de su resolucion, la cual dimanaba de su invencible desprecio al mundo y á sus glorias.

Era el 24 de abril de 1475; y ardía la ciudad de Ferrara en regocijos por ser la fiesta de su patron San Jorge. El repique de las campanas, la armonía de las músicas, el grito de las muchedumbres, el estruendo de la universal zambra sumiéronle en mayor y mas profunda tristeza é impulsáronle á la suprema resolucion. La casa estaba como vacía, desde los domésticos hasta los señores todo el mundo se fué ó bien á las fiestas religiosas ó bien á las fiestas callejeras; y Jerónimo aprovechó aquella coyuntura única para huir del nido y volar al claustro. Nunca, nunca creyera poder realizar tal intento, si no tomara aquella resolucion suprema en aquel único y supremo instante de congoja. El día de la mayor fiesta del año, el día de los recuerdos sagrados, el día de las ilusiones y de las esperanzas, el día de los regocijos, el día en que se buscan los séres queridos para compartir con ellos las gratas emociones, ese día único lo eligió por día de su despedida y de su muerte. ¡Cuántos recuerdos debieron retenerle, cuántas emociones ahogarle, cuántos contrastes entre el regocijo universal y su profunda pena herirle, cuando atravesaba los umbrales de su casa en pos de los umbrales de un sepulcro! La madre, la santa madre, sobre todo, debia salirle al camino, como una de esas apariciones místicas de sus ensueños religiosos, y retenerle y persuadirle á que no la dejara, no, abandonada en el silencioso hogar de sus tristezas. Pero así como superó el amor á su ciudad natal, superó el amor á su madre adorada; y encaminóse á las puertas del convento. Lejano estaba, porque habia escogido para su entierro un retiro de Bolonia. Pero dejando la ciudad en el día de sus mayores regocijos, la familia en el día de sus mas santos recuerdos, bien claro demostraba que no podian arredrarle ni detenerle ¡ah! el tiempo y la distancia. Por fin llegó al sitio de sus preferencias, llamó á la puerta como el náufrago llama al socorro, entró en sus paredes como la sombra entra en los panteones, y encontró allí el santuario de su vocacion religiosa y el nido de abrojos necesario á su conciencia adolorada. Inmediatamente que entró, pidióles á los que iban á ser sus hermanos, para probar los alcances de sus inclinaciones y la energía de su voluntad, el consagrarse á los oficios mas viles de la casa. Y cogió su pluma y notificó á sus padres en palabras llenas de cariño, pero dictadas por la mayor firmeza, la irrevocable resolucion, que decidia para siempre de sus vocaciones y para siempre fijaba la rueda de su

destino. Al encontrarse en el claustro, lejos del mundo, separado de la familia, no quiso que el sacrificio fuese á medias, lo aceptó por entero, y lo consumó como el suicida que para siempre se despide, en supremo arrebató y en exaltación suprema, de la vida y de sus encantos. Así, al verle el primero en los oficios, el último en recogerse, enflaquecido por el ayuno, macerado por la penitencia, cubierto el rostro con las sombras de la capucha, envuelto el cuerpo en la mortaja del sayal, los ojos brillando á la luz de una inspiración extraña, los labios movidos por una plegaria continua, pálido como la muerte, trágico como la desesperación, abstraído y separado del mundo como un ideal místico, hubiéraislo tomado, no por un ser real que amara cual aman los mortales, que siguiera profesiones útiles y estudios prácticos, que pasara largo tiempo en la sociedad y entre las gentes; sino como un espíritu puro, especie de sombra sobrenatural y extraña, ida de la tierra á la eternidad ó vuelta de la eternidad á la tierra.

CAPÍTULO II

INFLUENCIAS SOCIALES EN EL ÁNIMO DE SAVONAROLA

Equivocaríase grandemente quien creyera á este, al monje dominico del siglo décimoquinto, un asceta. Desde las alturas de su misticismo gústale desprenderse y lanzarse al mar agitado de la vida social. Naturaleza múltiple la suya, como las espléndidas naturalezas meridionales, reúne al pensamiento la acción. No cree Savonarola que las ideas deban quedar allá por la cima de las abstracciones purísimas en estéril virginidad; las quiere fecundas en bienes y trascendentes á las sociedades humanas y á su perfección. De nada serviría, en su concepto, que las almas se reformasen, si de esta reforma no surgiese un mundo mejor. La corrupción universal y sus estragos le han movido á encerrarse en el claustro, no solo para orar, sino también para combatir. Permaneciendo de hinojos al pié de los altares, salvaríase egoístamente á sí mismo y no salvaría á los suyos. Hombres como él, necesitan dar sus ideas en comunión á las gentes para enaltecerlas y luego repartirlas á pedazos su corazón para enseñarlas cómo se debe amar en el mundo. Al asceta que ora se une el apóstol que habla, y al apóstol que habla el legislador que reforma, y al legislador que reforma el mártir que combate. Pareceríale indigno tener la verdad para su propio regalo, sin compartirla con cuantos le rodearan, y al compartirla, sin hacer de suerte que se repartiera, como el calor de nuestra sangre por todo el cuerpo, por todos los extremos de la sociedad. Así el místico, el penitente, el asceta, el monje, el solitario se convierte por estos impulsos de su voluntad y por estas ideas de su mente en el tribuno, en el reformador,